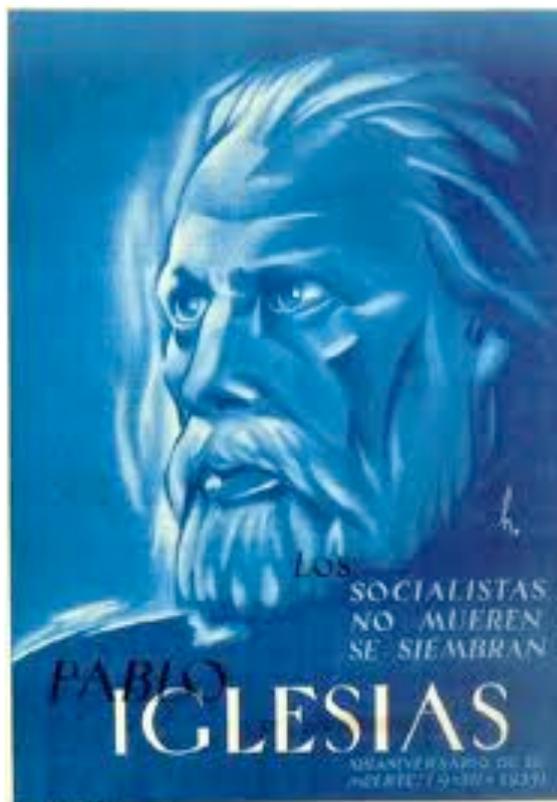


La crisis del PSOE: ¿un callejón sin salida?

G. Buster...

28/ 4/ 2013



Trascurridos 18 meses desde la hecatombe electoral en las elecciones del 20 de noviembre de 2011, el PSOE sigue en un callejón sin salida, arrastrado por una crisis que no hace más que agravarse. La dirección federal que encabeza Alfredo Pérez Rubalcaba, responsable de la campaña electoral de 2011, pero confirmada en el Congreso de Sevilla de febrero del 2012 por el 51,6% de los delegados, ha respondido a cada uno de los vaivenes de esta crisis, que empieza a adoptar carácter cíclico. Lo ha hecho con medidas organizativas centralizadoras - que han ido aislando a la dirección federal de las organizaciones territoriales, del grupo parlamentario y de su base social-, y con la reformulación reactiva de un proyecto político anclado en la lógica del bipartidismo turnista del actual régimen de la segunda restauración borbónica. Para un partido habituado a hacer política leyendo las [encuestas](#), el resultado no puede ser más demoledor: tras la derrota electoral, a pesar de una crisis política, económica y social que habría costado al PP de Rajoy la mitad de su electorado, el PSOE de Rubalcaba ha perdido 5,7 puntos más en sus expectativas de voto; el 75% de los votantes socialistas desapruaban su labor; el 85% de los ciudadanos no confían en él y la fidelidad de los votantes del partido es solo de un 34%.

¿Por qué no dimite Rubalcaba? ¿Por qué el PSOE es incapaz de generar una alternativa interna que le permita salir de este bucle agónico? La respuesta a estas preguntas hay que buscarlas en la crisis del sistema político surgido de la Constitución de 1978, del que el PSOE se convirtió en el principal pilar de legitimación social. Un proceso de adaptación que, tras la ruptura histórica y la reconstrucción del partido por Felipe González, desde el Congreso de Suresnes de 1974 al Congreso extraordinario de Madrid de 1979, ha sido paralela a la adaptación de la socialdemocracia internacional al neoliberalismo y su incapacidad para reaccionar al cambio de ciclo histórico abierto por la crisis económica internacional iniciada en 2007.

El balance del “zapaterismo” y el Congreso de Sevilla

La derrota electoral del PP de Aznar en 2004 vino precedida de la mayor oleada de movilizaciones sociales desde el fin del franquismo. Desde 2002 y la presidencia española de la UE, la resistencia contra la Guerra de Irak, el Plan Hidrológico Nacional y la reforma del sistema de pensiones acabó desembocando en una huelga general y en manifestaciones masivas en todas las ciudades. A pesar de ello, [la debilidad de la oposición del PSOE](#) de Rodríguez Zapatero solo apuntaba en las [encuestas](#) una recuperación insuficiente de las expectativas de voto después de las elecciones catalanas de noviembre de 2003 y la formación del Govern tripartito de izquierdas. Sin la [reacción popular](#) a la manipuladora gestión de los atentados del 11-M por el Gobierno Aznar, Zapatero no hubiera ganado las elecciones de 2004.

El entusiasmo inicial por las primeras medidas del Gobierno Zapatero y las expectativas de un [“giro a la izquierda”](#) en los presupuestos de 2006 -que permitiese recuperar socialmente parte de los beneficios de trece años de crecimiento económico administrados por la derecha-, pronto de vieron frustradas por la “gestión en frío” de la victoria electoral, que bloqueó la movilización social, un “equilibrismo” de intereses sociales que se fue erosionando a favor de la oligarquía financiera, así como la pérdida de impulso en la ampliación de derechos democráticos ante la removilización de la derecha social y la búsqueda de compromisos con la Iglesia católica. La erosión electoral fue ya evidente en las elecciones autonómicas y municipales de mayo del 2007. Y la [victoria electoral](#) del PSOE en marzo del 2008 no tenía otro proyecto político que [perpetuarse](#), cuando [tropezó brutalmente en mayo de 2010](#) con la realidad de la crisis y los intereses oligárquicos en la UE.

El “giro neoliberal” de Zapatero de mayo de 2010, que exigió un [cambio de gobierno con Rubalcaba y Salgado](#) como figuras centrales ante la parálisis política del titular, fue incapaz de poner diques a las consecuencias sociales y económicas de la crisis. La base social del PSOE se [descompuso](#) en semanas, con una caída libre de más de 14 puntos en relación a los resultados electorales de 2008. La [huelga general](#) del 29 de septiembre y la aparición en la Puerta del Sol del [15-M](#) marcaron el inicio de una resistencia desesperada de la izquierda social, huérfana de alternativa política, a la que todavía le quedaba pasar por la vergüenza de la “reforma express” de la Constitución de 1978, que selló la ruptura del contrato social de la Transición, y la cesión de la base de Rota para la flota del “escudo antimisiles” de EE UU en el Mediterráneo, mientras comenzaban a aflorar los casos de corrupción del zapaterismo. La [debacle electoral del 20 de noviembre de 2011](#), con la pérdida de cuatro millones trescientos mil votos, no tenía precedentes en la historia del PSOE y dejó al partido desnortado, roto moral y políticamente.

A pesar de haber sido el principal gestor político del “giro neoliberal”, Rubalcaba intentó compensar en los últimos mítines de la campaña electoral la política de devaluación interna y austeridad, impuesta por la UE y presentada como un “mal menor”, con cínicos llamamientos a una reactivación económica iniciada por la Alemania de Merkel. Y con pícaro oportunismo, incapaz de distanciarse autocríticamente del último zapaterismo del que había sido el principal protagonista, ofrecer al PP de Rajoy un “acuerdo nacional”, para gestionar la crisis moderando el sado-monetarismo europeo, y en paralelo a la base social de izquierdas que le daba la espalda, mediar su resistencia desesperada contra el nuevo gobierno de la derecha extrema: el PSOE pretendía pasar por ser el garante del “estado de bienestar” que había comenzado a dismantelar.

Pero la falsa solución dialéctica de tan inexistente contradicción, producto del recalentón intelectual del aparato del PSOE tras la hecatombe electoral, fue en realidad un soliloquio. El gobierno de “concentración marianista” de Rajoy, con una mayoría absoluta asentada en solo medio millón de votos más, estaba convencido y dispuesto a llevar a cabo el programa máximo de la patronal y la banca, infligirse *motu proprio* la disciplina neoliberal más exigente para no tener que ser amonestado por Merkel y su Troika, y conceder al PSOE la soledad estricta del turnismo, aplicando la inveterada consigna: “a los míos el favor, a los demás los reglamentos”. Los sindicatos y los movimientos sociales, que partían necesariamente en su movilización de la crítica y la ruptura con el zapaterismo tardío, no encontraron el menor apoyo institucional en la sede federal de la calle Ferraz, donde se bunkerizó el rubalcabismo, después de un ERE técnico que, de paso, eliminó a todos los sectores críticos del propio aparato.

El debate sobre las causas de la hecatombe electoral giró entorno al balance del “giro neoliberal de mayo” y la interpretación sociológica de los votos perdidos. Para los rubalcabistas y la mayoría del aparato institucional, la “estrategia del mal menor” de las políticas de

austeridad, cuyos resultados no podía cosechar por falta de tiempo, habían roto a la vez la credibilidad del PSOE como gestor gubernamental y la coherencia de su discurso socialdemócrata ([Juan Moscoso](#)). Para [Josep Borrell](#), uno de los principales inspiradores del documento “[Queda mucho PSOE por hacer](#)”, era imprescindible una autocrítica de las cesiones del zapaterismo ante la gestión neoliberal de la crisis impuesta desde la UE por Merkel. Reconstruir la credibilidad social del PSOE pasaba necesariamente por unas primarias, como las del PS francés, que le permitiese renovarse desde abajo.

Mientras, el nuevo ministro de cultura, [Ignacio Wert](#), retomaba el análisis iniciado por [Cesar Molinas](#), y calculaba el trasvase de votos del PSOE al PP en algo más de un millón, en un pulso por recoger el sentir de las clases medias ante la inseguridad provocada por la crisis: el PSOE estaba perdiendo el centro. [José Luis de Zárraga](#), en un estudio mucho más matizado por circunscripciones, identificaba tres tipos de flujo de votos socialistas: un tercio de las perdidas iban a la abstención; en las comunidades en las que el PSOE estaba en la oposición, descontada la abstención, medio millón de votos se habían dirigido a IU, otras fuerzas de la izquierda y, en mucha menor medida, a UPyD; pero en las comunidades donde el PP gobernaba o era hegemónico, el trasvase había sido de 700.000 votos al PP y 500.000 a su izquierda, a excepción de Cataluña y País Vasco, donde CiU y PNV recogían más votos que las izquierdas.

En este contexto, la decisión de celebrar cuanto antes el Congreso de Sevilla era una aplicación de la “estrategia del mal menor” tardo-zapaterista al propio PSOE. El candidato derrotado necesitaba hacerse de inmediato con la secretaria general que todavía ostentaba un Zapatero zombie, antes de que creciese una oposición de aluvión alrededor de Carme Chacón que, aunque carecía de programa o estrategia, reivindicaba un espacio colectivo en el que auto-gestionar la derrota y preparar la resistencia, en una especie de 15-M interno. El aparato cerró filas, llamó en su auxilio al filipismo, que movilizó a toda su red clientelar a golpe de teléfono de Felipe González y Alfonso Guerra la noche antes de las votaciones del Congreso: Rubalcaba logró imponerse por 22 votos, el 51,6% frente al 48,8%.

De la “oposición responsable” a la “oposición contundente”, pasando por los pactos de estado

Las [elecciones autonómicas andaluzas](#), pocas semanas después de Congreso y a cien días de la toma de posesión del gobierno Rajoy, demostraron que, incluso en el terreno electoral, comenzaba a tener efecto la incipiente resistencia social contra la avalancha de contrarreformas neoliberales. La “marea verde” de la enseñanza madrileña, la luchas de la sanidad y los transportes en Cataluña y, sobre todo, la convocatoria de la huelga general para el 29 de marzo, permitieron que el PSOE andaluz, a pesar de perder 9 de sus 56 escaños –tras 30 largos años de gobierno clientelar y el escándalo de corrupción de los EREs- conservase el gobierno gracias a una coalición con IU, que consiguió seis escaños más. La derrota del PP, a pesar de ganar las elecciones perdiendo 420.000 votos y 3 escaños, dio no solo un respiro a la izquierda para reorganizarse, sino que puso de manifiesto la creciente polarización social y política ante la nueva oleada de contrarreformas neoliberales anunciadas por Rajoy.

Griñán, secretario general del PSA y presidente del PSOE, reelegido presidente de la Junta de Andalucía gracias al apoyo de IU, se convirtió en el “barón” del PSOE con mayor poder institucional. A pesar de haber apoyado a Carme Chacón y perdido en el Congreso de Sevilla, ofreció su apoyo incondicional a Rubalcaba para aplazar la convocatoria de primarias para elegir al futuro candidato socialista –que había aprobado el Congreso de Sevilla sin fecha- y ejercer su “oposición responsable” al PP. Con ello intentaba, a la vez, limitar la presión interna de IU en la Junta de Andalucía y ampliar el margen de financiación autonómica en la negociación con el gobierno central (a cambio de denunciar la propuesta de un “pacto fiscal” específico de la Generalitat catalana de Mas). Este juego de equilibrios bonapartista de Griñán se ha mantenido con ligeras reformulaciones hasta hoy, bloqueando cualquier frente opositor interno en el PSOE que pudiera surgir de las distintas federaciones críticas.

La “oposición responsable” anunciada por Rubalcaba en el Congreso de Sevilla se concretaba en una propuesta de diálogo y pactos de estado con el gobierno Rajoy sobre el rescate de la UE de los bancos españoles quebrados, la posibilidad de un segundo rescate por la profundización de la crisis del déficit y la deuda pública y la aplicación de las medidas de austeridad. La “oposición responsable” suponía asumir la cogestión de la crisis en todas sus dimensiones, reconociendo la continuidad en lo fundamental de las políticas económicas de Zapatero, después de mayo de 2010, y de Rajoy, desde enero del 2012. A medida que la crisis

de Bankia –desencadenada finalmente por los decretos de febrero y mayo de Guindos- obligaba a una negociación de rescate con la UE cada vez más desesperada, crecía la resistencia social alentada por la huelga general del 29 de marzo, el sistema de financiación autonómico entraba en bancarrota, dando nuevos bríos al desafío soberanista catalán, y la monarquía se deslegitimaba a golpe de elefante y caso Urdangarín, para la dirección rubalcabista del PSOE fue cada vez más evidente que se encontraba ante una creciente crisis política del sistema bipartidista surgido de la Constitución de 1978. El momento culminante de la crisis fue el 14 de junio, cuando Rajoy, tras reunir a su equipo económico, en medio de una crisis desbocada de la deuda, anunció: “España ha hecho todo lo que podía hacer, ahora le toca a Europa”.

Como principal partido legitimador del sistema, se abalanzaron para recordárselo a Rubalcaba no solo el propio monarca y los principales banqueros y empresarios del país, sino también las direcciones sindicales de CC OO y UGT que, sin capacidad de entrever una salida política alternativa o mantener indefinidamente una confrontación social de dudoso resultado, querían volver a un diálogo social que era, en definitiva, su versión de “oposición responsable”. Rubalcaba contó además con un apoyo transversal en el PSOE que expresaba la inercia del zapaterismo: Griñan, Ximó Puig, Patxi López y la propia Chacón. La oposición quedó reducida a Tomás Gómez en Madrid y, con matices, a Pere Navarro en Cataluña. El 15 de junio, tras despachar con el comisario comunitario Joaquín Almunia, Rubalcaba reunió a su equipo de la Comisión Ejecutiva Federal y, tras constatar que “España se encuentra en el momento más difícil desde la Transición”, dio por inevitable ampliar el rescate bancario de la UE a un segundo rescate general de la deuda pública española y [ofreció un “acuerdo de unidad nacional”](#) sin exclusiones, que podía llegar a concretarse en un “gobierno de unidad nacional”.

El ofrecimiento, sin embargo, no fue recogido por Rajoy y el PP, que no estaban dispuestos a sacrificar en semejante altar su mayoría absoluta, obtenida hacia solo 7 meses, y suicidarse políticamente. Frente a la opción de un “gobierno técnico” a la española –a cuyo frente ya situaban algunos a Almunia-, Rajoy optó por aguantar, negociar directamente con Merkel en el [Consejo europeo del 28 de junio](#), apoyándose en Monti y Hollande, y exigir al PSOE “solidaridad” desde la oposición y menos manifestaciones. El grupo parlamentario socialista voto cabizbajo el Pacto de austeridad europeo.

Pero dentro del PSOE el salto mortal de la “oposición responsable” a la “unidad nacional”- cuya primera víctima previsible era el gobierno de coalición andaluz y que tenía lugar los mismos días que la simbólica marcha de protesta de los mineros a Madrid- desató una ola de indignación de sus afiliados en las redes sociales. El presidente del PSOE y de la Junta de Andalucía, Griñan, en una entrevista por televisión, el mismo día 15 de junio, recordó la necesidad de primarias antes de hablar de gobiernos. Y con las mismas se [desdijo](#) quince días más tarde, una vez que ya era patente la negativa de Rajoy. [El 13 de julio, el gobierno Rajoy aprobó por decreto](#) y sin contemplaciones el nuevo paquete de austeridad que exigía la UE para el rescate bancario, tras un oscuro debate parlamentario dos días antes sobre Consejo europeo. Cinco días más tarde, tras el nombramiento del nuevo presidente del Banco de España, se iniciaron las intervenciones en la comisión de economía del Congreso de los principales protagonistas del desastre de Bankia. El objetivo declarado del PP era dejar en evidencia que, lejos de haber una continuidad de políticas económicas, toda la culpa de la crisis la tenía única y exclusivamente el PSOE de Zapatero.

En la reunión del Comité Federal del PSOE del 9 de septiembre, la primera después del Congreso de Sevilla, Rubalcaba no tuvo mas remedio que anunciar un giro hacia la [“oposición contundente”](#). Rajoy se había negado a cualquier diálogo. Si finalmente era necesario el segundo rescate, sería la constancia del fracaso de las políticas del PP: “la derecha es antisocial y es un desastre desde el punto de vista de la gestión económica, es incompetente”. Pero, a pesar de que Patxi López y Pachi Vázquez (secretarios generales de Euskadi y Galicia) celebrasen la “inflexión para pasar ya a proponer la alternativa”, el Comité Federal no apoyó la propuesta de referéndum sobre las políticas de austeridad de CC OO, UGT y la Cumbre Social, como había defendido Tomás Gómez, secretario general de Madrid.

No cabía duda que el giro estaba muy “pegado al terreno”: tanto como las expectativas de voto del PSOE, que en tres meses había conseguido perder 2,7 puntos (mientras el PP caía 7). La lectura de las encuestas tenía sus consecuencias, a falta de política.



De la pérdida de poder autonómico a la crisis de modelo territorial

El giro a la “oposición contundente”, que comenzó a ser matizado en la misma rueda de prensa tras el Comité Federal, tropezaría dos semanas después con la crisis del PSC. Cada vez más fraccionado entre la defensa de un federalismo que incluyese la revisión del modelo de financiación autonómico de Zapatero y la propuesta de consulta soberanista apoyada por CiU y sus antiguos socios del *Govern de Progrés* (ERC y ICV), el Partit dels Socialistes del Catalunya no encontró otro consenso que [abstenerse en la votación en el Parlament](#) y reafirmar la necesidad de respetar la legalidad vigente en cualquier caso.

El consenso abstencionista no fue ni una tregua. A los pocos días, el sector catalanista del PSC recogía 145 firmas de dirigentes reconocidos para el manifiesto “[Una izquierda catalana fuerte y mayoritaria por una Cataluña constituyente](#)”, que proponía construir un nuevo espacio mayoritario de izquierdas a partir de la defensa del derecho a decidir y la resistencia a las políticas neoliberales. La dirección federal del PSOE salió en apoyo de un secretario general del PSC que no lo había pedido: Pere Navarro necesitaba tiempo para transformar el consenso en una propuesta propia que condicionase el ejercicio del derecho a decidir a un acuerdo previo con el gobierno central, no una negativa rotunda del mismo en nombre de una inexistente propuesta federalista. Lo que se jugaba era el tamaño de la escisión en marcha y su aislamiento del resto de las fuerzas políticas catalanas.

La crisis del PSC implicaba una doble posible consecuencia para el PSOE: por un lado, una polarización y una ruptura que le dejaría sin un referente catalán lo suficientemente fuerte como para aspirar a mayorías electorales en todo el Reino de España; por otro, obligarle a concretar su propuesta federal en una reforma constitucional. “[Todo se ha acelerado](#)”, fue la estoica reacción rubalcabista, que buscaba su propio equilibrio entre la presión del felipismo –que aborrece cualquier reforma constitucional, en su papel de garante emérito del sistema bipartidista- y la necesidad de reformular la oferta de diálogo y pactos de estado para dar cabida a una reforma constitucional igualmente rechazada de plano por el PP.

Los [resultados](#) de las elecciones autonómicas en [Galicia](#) y [País Vasco](#), el 21 de octubre, volvieron a confirmar la tendencia a la caída de voto del PP y el PSOE. Pero en Galicia, mientras que la derecha perdía el 17,42% y ganaba las elecciones, los socialistas se desplomaban con un espectacular 53,95% menos. Y en Euskadi perdían, respectivamente, el 11,11% y el 33,37% después de tres años de gobierno socialista de Patxi López apoyado parlamentariamente por el PP. Dos fuerzas en ascenso, AGE y EH Bildu, cubrían el espacio de la Syriza gallega y vasca y agitaban el peligro de la “pasokización” del PSOE.

Se [volvió a abrir la caja de Pandora](#). Tras constatar que eran los peores resultados en 35 años, el portavoz europarlamentario López Aguilar reconoció lo obvio: “los españoles no reconocen al PSOE como una alternativa”. El secretario del grupo parlamentario del Congreso, Eduardo Madina añadió que: “es necesario una lectura de fondo de la marca PSOE”. Las voces internas que pedían “cambios profundos o inmediatos” se multiplicaron incluso entre quienes habían apoyado a Rubalcaba en el Congreso de Sevilla. [Elena Valenciano](#), tras la reunión de la

Permanente, aseguró que nadie había pedido en el órgano -compuesto exclusivamente por el equipo próximo de Rubalcaba-, su dimisión. Que “perder las elecciones en Galicia y el País Vasco ha sido lo más habitual en la historia del Partido Socialista”, pero que era imprescindible “restablecer las alianzas con los sectores progresistas”. No fue suficiente. Rubalcaba tuvo que ofrecer una [rueda de prensa el 24 de octubre](#) en la que, -tras bromear “Le han movido la silla, ya tenéis titular”-, aseguró que no pensaba dimitir, que hacía ocho meses que le habían elegido secretario general del PSOE para cuatro años: “Un partido político tiene que tener un proyecto y un candidato. Y a mí me eligieron para conformar un proyecto alternativo”.

El problema es que el PSOE de Rubalcaba se encontraba prisionero de un bucle de falta de credibilidad, que le iba encerrando en su aparato, cada vez más lejos de las bases sociales de la izquierda, como analizó [Josep Ramoneda](#) para exigir una reconstrucción “desde la libertad que da tenerlo todo perdido”. “No necesitamos un paracaídas, sino alas” fue la fórmula poética utilizada por [Fran Caamaño](#) para exigir primarias cuanto antes. [Carme Chacón](#) reapareció para pedir las “por si se adelantan las elecciones”. Pero la respuesta de la dirección de Rubalcaba fue reiterar que lo que quedaba por delante era la larga travesía de una reconstrucción controlada a través de las Conferencias Políticas coordinadas por Ramón Jauregui, no una catarsis. El [30 aniversario de la victoria de Felipe González](#) le sirvió a Rubalcaba para recordar cuales eran los parámetros felipistas del partido: recuperar la mayoría de centro-izquierda de la Transición, “cambiar el PSOE para que siga siendo el PSOE”, sin comprender que la crisis de la II Restauración Borbónica la había dinamitado y que esta era la verdadera causa del [horizonte de impotencia](#) del PSOE. Como se hizo evidente en el homenaje a Felipe González el 2 de diciembre, el proyecto de Rubalcaba no era construir una alternativa, sino recomponer el PSOE como pilar bipartidista del régimen a través de la “oposición responsable” y la oferta de pactos de estado, incluso de “unidad nacional” si la crisis económica o política seguían agravándose.

El resultado de las [elecciones catalanas](#) del 25 de noviembre, con la configuración de una mayoría por el derecho a decidir, pero con la pérdida de 8 y 4 puntos respectivamente de CiU y el PSC, dinamitó el tautológico “acuerdo de divergencias” que habían pactado Rubalcaba y Pere Navarro para la campaña electoral: el respeto de la legalidad. Las acusaciones de ceder ante el nacionalismo, y sobre todo al nacionalismo del ala catalanista del PSC, volvieron a llover desde el felipismo y la derecha, sin resolver la contradicción en la que se movía el PSOE y el conjunto del régimen, porque lo que está en cuestión es la legitimidad democrática de la legalidad.

El [Consejo Territorial del PSOE](#) – el órgano de coordinación de los secretarios generales de las federaciones y el secretario general federal-, que se reunió el 15 de diciembre, escenificó el debate sobre el modelo territorial y el balance de un año de “oposición responsable”. La respuesta a la contradicción implícita fue defender una [reforma constitucional](#) para evitar un período constituyente. La reforma constitucional debería relegitimar el régimen político bipartidista de la Constitución de 1978 ante la mayoría de una población que, por su edad, no lo aprobó en referéndum, poner límites a la quiebra del pacto social del limitado estado del bienestar surgido de la Transición, incorporando la sanidad a los derechos básicos, avanzar en un nuevo modelo territorial federal con la reforma del Senado –convertida en cámara de arbitraje de la financiación autonómica- y “asegurar la calidad democrática”, fórmula que parece referirse tanto al papel de la Corona como a la corrupción ligada a la financiación de los partidos políticos.

Con la excepción del madrileño Tomás Gómez, y la abstención del secretario gallego Pachi Vázquez y del catalán Pere Navarro –cuya primera prioridad era evitar la explosión de sus propias organizaciones-, el resto de los miembros del Comité Territorial se sumaron al nuevo consenso político interno, que aplazaba la celebración de primarias hasta el cuarto trimestre del 2014, tras pasar la prueba de fuego de las Conferencias políticas, las elecciones europeas y las municipales y autonómicas. En definitiva, era congelar cualquier intento de recambio interno a la dirección de Rubalcaba hasta que las urnas dictaminasen su acierto o fracaso. En el mejor de los casos, las primarias serían una ratificación de su liderazgo. En el peor, una confrontación interna en un PSOE derrotado para decidir quién dirigiría un segundo intento de reconstrucción. Griñán hizo público el consenso alcanzado en una [entrevista](#) pocos días después.

Crisis de autoridad de Ferraz: “Algo tenemos que hacer, pero no sabemos qué”

El [Comité Federal](#) se reunió finalmente el 12 de enero, incumpliendo seis meses el mandato estatutario, para ratificar el consenso alcanzado en el Consejo Territorial. El máximo órgano

político entre congresos del PSOE quedaba así subordinado al organismo técnico de coordinación territorial o, mejor dicho, a los compromisos entre los distintos aparatos federales. De hecho, [desapareció de la página web](#) del PSOE. “Abrir una nueva etapa”, “reencuentro con la ciudadanía” fueron los dos mensajes distribuidos a los medios de comunicación. Para ello, un entramado de cinco foros temáticos hasta la Conferencia Política de octubre de 2013 debían redefinir un proyecto ya cerrado -del que [Ramón Jáuregui](#) se convirtió en el “intelectual orgánico”. La protesta social quedó a su suerte y la “oposición responsable” institucional en manos de Rubalcaba.

Fue Rubalcaba el primero que pinchó, el 21 de febrero, en el [debate sobre el estado de la nación](#). La inconsistencia de la “nueva alternativa” fue desmontada por Rajoy con el simple argumento de que “el Sr. Rubalcaba tiene una historia”. Y esa historia le hacía responsable de la crisis. “Tras ordenar algunas de las cosas que usted ha dicho”, Rajoy impuso su propia narrativa de salvación nacional conservadora –a pesar de la continuidad de la orientación neoliberal desde mayo de 2010 de las políticas de los Gobiernos Zapatero y Rajoy, al dictado de la UE- y a Rubalcaba solo le quedó reclamar su “derecho a rectificar”. De nuevo, la oferta de pactos de estado tropezó con el muro de la mayoría absoluta del PP. Y el rechace: “Piden ustedes demasiadas dimisiones. Yo no pediré la suya –le espetó Rajoy-: no me conviene”.

Rubalcaba era rechazado por segunda vez y su oferta de salvación bipartidista condenada a la realidad del turno: manda quién tiene mayoría, al otro le queda el desgaste de la oposición. Rajoy no necesita, mientras tenga esa mayoría absoluta, pactar con Rubalcaba, porque negocia con Merkel. Son Merkel y el BCE los que determinan los ritmos de la crisis de la deuda soberana. Y Rubalcaba tampoco condiciona los tempos de las crisis del estado de las autonomías, ni los de la Corona, ni los del conflicto social.

La demostración tuvo lugar cinco días después, cuando todos los diputados del PCS en el Congreso, menos Carme Chacón –que no votó- rompieron la disciplina del Grupo parlamentario socialista y se pronunciaron a favor de la resolución a favor del derecho de decidir presentada por CiU, ERC e ICV-EUiA. La unidad y la reconstrucción del PSC en Cataluña, ejerciendo su propia “oposición responsable” al Gobierno Mas y ofreciéndose para “pactos de estado” que priorizasen la financiación autonómica si se aplazaba la consulta soberanista, exigían escenificar en Madrid la ruptura de la disciplina de voto con el PSOE. Pero la diferencia entre el “federalismo unitarista” de Rubalcaba y el “federalismo con derecho a decidir aplazado” de Pere Navarro seguían encontrándose en el “acuerdo de divergencias” de noviembre: el respeto a la legalidad. Y esta, por el momento, dejaba fuera de la realidad a cualquiera de los dos “federalismos”. Mientras no aumentase la presión social en uno o ambos sentidos, el terreno de encuentro era el pragmatismo. Ambas direcciones lo comprendieron –se jugaban en ello [intereses propios](#)- y, desde el reconocimiento de las autonomías respectivas, aplazaron para más adelante la reformulación del protocolo de entendimiento entre los dos partidos.

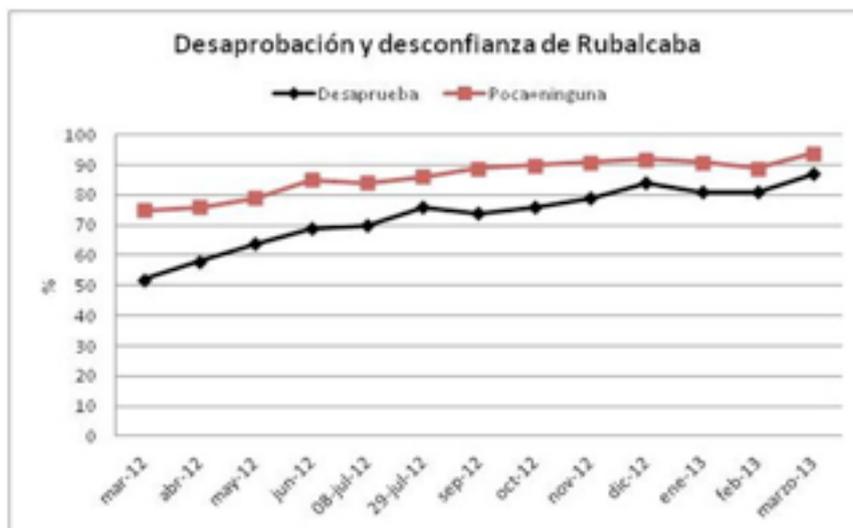
El [siguiente desafío territorial](#) público a la dirección federal de Rubalcaba fue la de los socialistas gallegos, que exigieron la celebración de primarias para elegir al nuevo secretario general tras la debacle electoral de octubre de 2012. El cierre en banda del aparato central de Ferraz, que no quería precedentes y que ya había tenido bastante con su derrota en las primarias de Madrid en su día, inició un largo pulso de formulas estatutarias. Ferraz quería reducir la elección a los militantes en listas alternativas cerradas para un congreso del PSG. El PSG quería que ese congreso, convocado según sus estatutos y sin innovaciones de última hora, ratificase la elección del nuevo secretario general gallego, aplicando el sistema decidido en el Congreso de Sevilla para el futuro candidato presidencial del PSOE. Detrás de Galicia comenzaron a situarse [cada vez más federaciones](#), arrastradas por la presión renovadora de las bases. El largo debate solo sirvió para erosionar aun más la autoridad del aparato central.

Pero lo que colmó el vaso de la nueva crisis de autoridad de Rubalcaba fue el [escándalo del pacto municipal en Ponferrada](#), León, del PSOE con un tráfuga del PP acusado de acoso sexual. Rubalcaba [acababa de volver de Bruselas](#), donde había defendido la necesidad de políticas de crecimiento comunitarias que suavizaran la *über*-austeridad. La responsabilidad del pacto, que se había formalizado para más *inri* el 8 de marzo, Día de la Mujer Trabajadora, acabó recayendo en el secretario del PS de Castilla y León, [Oscar López](#), portavoz federal del PSOE y el secretario general de la agrupación de Ponferrada, que había jugado un papel relevante en el Congreso de Sevilla a favor de Rubalcaba. La explosión de indignación de las mujeres del PSOE desbordó todas las excusas en nombre de la *realpolitik*.

La salida de la crisis no podía ser otra que una reafirmación de la autoridad del aparato federal. Elena Valenciano lo resumió con melancolía pseudo-maoísta: [“Ejercer la autoridad es mantener el timón”](#). Mao Zedong no hubiera sido más contundente. A partir de ese momento, el comité ejecutivo rubalcabista decidió desencadenar su pequeña “revolución cultural”: [toda la responsabilidad interna recaería en la vicesecretaria general del partido](#). Pero ante la sospecha de divergencias de la portavoz y del secretario del grupo parlamentario, Soraya Rodríguez y Eduardo Madina, el comité ejecutivo federal fue ampliado para mantener en su seno la abrumadora mayoría de Rubalcaba e integrar al “intelectual orgánico” Ramón Jáuregui. El grupo parlamentario fue acusado de la crisis política por falta de iniciativa, a pesar que desde el Congreso de Sevilla perdió toda autonomía y es dirigido desde Ferraz. La frase que resumió la situación fue: [“Algo tenemos que hacer, pero no sabemos qué”](#)

Le tocó a [Griñán de nuevo](#) salvar a Rubalcaba de la [perplejidad](#) y del desastre. A cambio de estabilidad, es decir, aplazar las primarias hasta finales del 2014, había que poner en marcha la reforma estatutaria que las hiciera posibles. Con la consecuencia de ceder en el [pulso con el PSG](#) y extender inevitablemente el proceso de primarias a la elección de los secretarios generales de las federaciones: una derrota en toda regla del aparato central de Ferraz. Se guardaron las formas y se esperó un mes, hasta que el 26 de abril [Oscar López anunció el cambio estatutario](#) en el siguiente Comité Federal previsto para julio. El PSG aceptó por su parte posponer sus primarias hasta septiembre.

Sin embargo, Rubalcaba descubrió que el pacto con Griñán para aplazar las primarias para la elección del candidato electoral no implicaba estabilidad interna. De hecho, puso sobre la mesa las [candidaturas](#) de Patxi López y de [Eduardo Madina](#), mientras Carme Chacón hacía esfuerzos por mantener la suya a pesar de haber perdido los apoyos de la federaciones andaluza y del PSC.



El 85% de rechazo de Rubalcaba y el futuro del PSOE

El problema de fondo del liderazgo de Rubalcaba lo había resumido [José Fernández-Albertos](#) en tres cuadros tras el debate del estado de la nación y la encuesta del CIS de febrero de 2013: uno de cada dos votantes socialistas creía que lo hacía mal y valoraban más a Cayo Lara de IU o a Rosa Díaz de UPyD. Un mes más tarde, [Ferrán Martínez i Coma](#) ampliaba el análisis y señalaba un índice general de desaprobación cercano al 90%, con una pérdida de 35 puntos en un año. La encuesta de [Metroscopia](#) de abril confirmó estos datos demoledores, con la intención directa de voto al PSOE más baja desde 1978 y una fidelidad de voto de solo el 34%.

Con estos datos, Rubalcaba no solo es un mal candidato para las elecciones de 2015: es que no puede presentarse a una primarias abiertas a los ciudadanos con posibilidades de ser

elegido. Y lo que es peor, carece de legitimidad para hacer creíble su oferta de pactos de estado al PP, en plena caída libre electoral. El PSOE de Rubalcaba se encuentra en un callejón sin salida.

A pesar de ello, Rubalcaba ha intentado retomar la iniciativa política, concretando tácticamente su línea de reforma constitucional, en el horizonte de la Conferencia Política de octubre. El 7 de febrero presentó su propuesta de crear un [Fondo Social contra la Pobreza](#) de 1.000 millones de euros. El 10 de marzo participó en el programa de amenidades de TeleCinco [El gran debate](#), con resultados más que dudosos. El 9 de abril se [reunió](#) en “secreto” con el presidente de la Generalitat, Artur Mas, y con Pere Navarro para discutir los márgenes de la reforma constitucional y el rescate financiero de la Generalitat. El 12 de abril propuso un [impuesto único de patrimonio](#) como eje de un nuevo modelo tributario que aumentase la presión fiscal sobre las rentas más altas. El [Comité Ejecutivo Federal del 22 de abril](#) se convirtió en otro juego de bambalinas de una crisis cuyo principal problema es el propio Rubalcaba. Los candidatos *in pectore* a las primarias volvieron a cuestionar con sus ambigüedades a un secretario general sin otro argumento que el peregrino de mantener la fecha de las primarias en secreto [“para no dar pistas al PP”](#).

La admisión del Gobierno de Rajoy del fracaso de su Plan de Reformas en el Consejo de Ministros del 26 de abril le ha permitido a Rubalcaba volver a situarse en el escenario de la crisis de la primavera de 2012. Pero ahora exigiendo al gobierno Rajoy, desde una [reunión de los secretarios socialistas de Francia, Portugal y España](#), “un plan de reactivación de la economía...si no lo hacen hoy, el lunes el Partido Socialista presentará un plan para reactivar la economía, para tomar medidas a favor del crecimiento, del estímulo de la creación de empleo y de la protección social, porque hay muchos españoles que ya no tienen nada para vivir ... Nos hemos comprometido a trabajar juntos para cambiar la política de la derecha en Europa y sustituir la austeridad compulsiva por una preocupación por el crecimiento y por el empleo”, porque “el desempleo –dijo- no es una consecuencia colateral de la política económica, tiene que ser el centro de nuestra política económica”.

El nuevo giro a la “oposición consecuente” se confirmó dos días más tarde, en una [reunión con las mujeres socialistas](#) sobre la reforma de la Ley de Aborto, llamando a la movilización social para pararla. Para muchos afiliados socialistas fue también la confirmación del fracaso de la “oposición responsable” del secretario general del PSOE.

El escenario político previsible hasta las elecciones europeas del 2014, con una creciente crisis de todos los frentes de deslegitimación del régimen de la segunda restauración borbónica, acentuarán las contradicciones de esta bipolaridad entre la “oposición responsable” y la “oposición consecuente”. La propuesta de reforma constitucional controlada de Rubalcaba no cuenta con el apoyo de Rajoy ni de la mayoría del PP. Después de las elecciones europeas es muy posible que el PP y el PSOE pierdan electoralmente buena parte de su legitimidad como pilares del sistema bipartidista. Tras las elecciones del 2015, si no se adelantan, es más que probable que carezcan conjuntamente de la mayoría de dos tercios necesaria para emprender la reforma constitucional.

En este sentido, el PSOE de Rubalcaba tiene los días contados. Las primarias, después de las elecciones europeas, darán paso a un nuevo candidato y, más pronto que tarde, a que recaiga sobre él la secretaría general en un Congreso del PSOE. Entre tanto, las primarias en las federaciones y las elecciones autonómicas dibujarán un nuevo cuadro de poder territorial interno, mucho más condicionado por las bases sociales socialistas y el cambio generacional que por el aparato federal de Ferraz y la herencia filipista.

De la misma manera que no son previsibles rupturas importantes –con la excepción del PSC- el PSOE se enfrentará cada vez más, en el desgaste de una oposición turnista inconsecuente, al dilema de tener que optar por proyectos de alianzas incompatibles entre sí: “unión nacional” con el PP (con CiU y PNV en Cataluña y Euskadi), o una alianza de izquierdas contra las políticas de austeridad (como con IU en Andalucía). Y detrás de este dilema, en la medida en la que se agrave la crisis del régimen de la Constitución de 1978, entre la reforma constitucional y la apertura de un nuevo proceso constituyente. Para la construcción de un nuevo bloque social y político alternativo serán importantes tanto los ritmos de este proceso como sus resultados en las distintas federaciones y en el conjunto del PSOE.

Gustavo Buster es miembro del comité de redacción de Sin Permiso

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una **DONACIÓN** o haciendo una **SUSCRIPCIÓN** a la **REVISTA SEMESTRAL** impresa.

www.sinpermiso.info, 28 abril 2013